

# A

## rgeo Aguilera Díaz: “El Prado fue mi anfitrión”

*Uno de los hombres más longevos de La Habana, comparte con los lectores de BOHEMIA su amor por una ciudad que lo recibió siendo un niño*



Foto: Yasset Llerena Alfonso

{ Por Marieta Cabrera }

**S**ON las diez y media de una mañana de septiembre. Argeo Aguilera Díaz disfruta de la suave brisa, sentado en el portal de su casa, ubicada en Alturas de Vía Blanca, en el municipio capitalino de Guanabacoa. Buena hora –nos había dicho su hija Esther– para airear las memorias del hombre de 106 años y emprender junto a él una travesía por su vida.

“Me gusta conversar”, dice como carta de presentación, y de eso daría fe esta redactora tras un diálogo que se prolongó poco más de una hora. Cuenta que nació en el poblado de Bijarú, cerca

de Banes, pero pronto la familia se trasladó a la ciudad de Holguín. “Tuve una infancia feliz”, confiesa, y de inmediato aflora el recuerdo de su padre: el coronel del Ejército Libertador Bienvenido Aguilera Feria.

“Era una persona muy buena –al igual que mi madre–, y me quería mucho. Me contaba historias de la guerra, como la de aquel combate en Manzanillo en el que él estaba apuntándole con su rifle a un español y una bala dio en el arma, rebotó, lo golpeó en la cara y lo tiró al suelo. Los hombres bajo su mando, rompiendo montes, lo llevaron para

un bohío donde vivía una señora que iba a dar a luz. La mujer tenía una gallinita preparada para su comida y se la ofreció a mi papá y a su tropa”, rememora.

El amor y la admiración que siente por su padre lo emocionan hasta las lágrimas. “Era muy valiente, un patriota que me enseñó a querer y respetar la bandera; a amar a la patria y servirla y me inculcó valores esenciales para la vida”.

Recuerda que un día, cuando vivían en el territorio holguinero de Antilla –donde Bienvenido Aguilera había sido nombrado alcalde, en 1925–, le pidió a su padre que





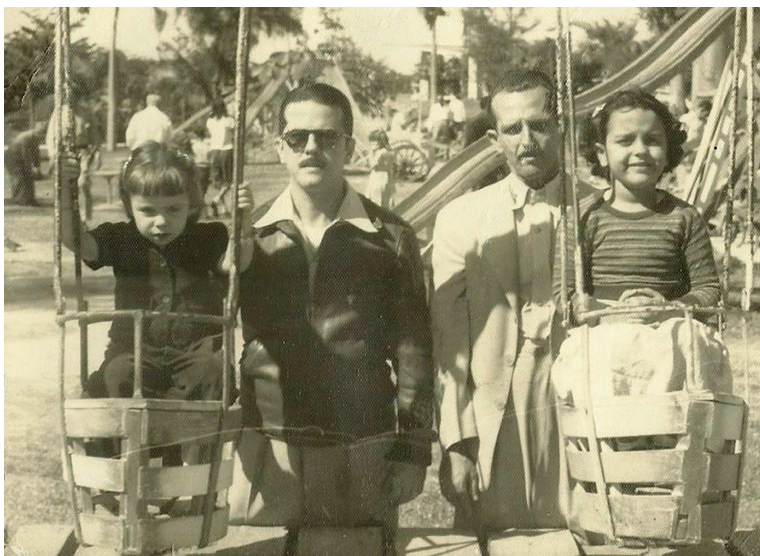
La Habana que acogió a Argeo. Foto: [habana-live.com](http://habana-live.com)

le comprara un caballo, quien accedió. Pero antes –le dijo– debía aprenderse una poesía, (bastante extensa, por cierto).

“Y así fue. Me aprendí la poesía y me regaló un caballo de lo más lindo. Entonces, yo tenía 12 años y como cualquier muchacho hacía muchas travesuras. A veces montaba en las ancas del animal a Cuco, un amigo, y nos íbamos a la finca El Júcaro a coger nísperos y otras frutas. Un día llegué a mi casa y vi al dueño de la finca, quien venía a devolver el

pañó que le poníamos al caballo, pues se nos había caído en aquellas andanzas. Cuando mi padre supo lo que habíamos hecho nos regañó fuerte, y esas cosas me enseñaron a ser honrado”.

Apenas un año después, en 1926, Argeo llegó a La Habana. Relata que sus padres querían cambiar de ambiente y lo enviaron a la capital con un matrimonio muy cercano a ellos. El muchacho vivió en el reparto Santos Suárez, junto a la pareja, hasta que su familia encontró



En 1950, Argeo con su hija Esther (a la derecha) en uno de los parques habaneros, a los que solía llevar a la pequeña. Cortesía de la familia

una casa en Marianao y pudieron reunirse allí.

En este último lugar estudió en el Candler College, una escuela norteamericana, pero tuvo que dejar los estudios porque Gerardo Machado, entonces presidente de la República de Cuba, redujo la pensión de los veteranos de la guerra, lo cual puso a sus padres en una posición muy difícil, pues tenían que criar a siete hijos.

“Terminé el segundo año de bachillerato gracias a que jugaba pelota y era buen pitcher. Como eso les convenía, aun cuando no podía pagar la matrícula, me dejaron un tiempo más en el colegio. Después tuve que salir a la calle a buscar trabajo. Tenía unos 16 años y mi primer empleo fue en un cabaret, en el guardarropa, cuidando los trajes de los americanos que iban a ese lugar”, refiere.

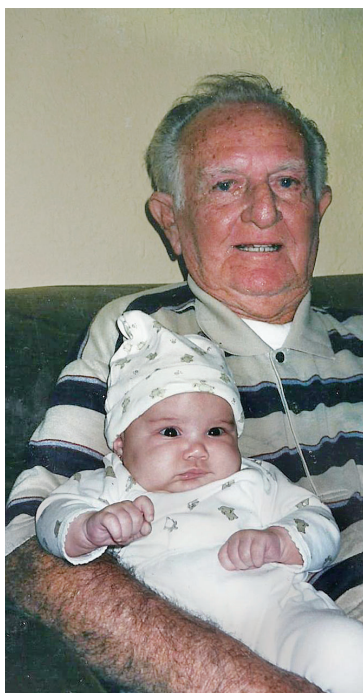
En el corazón de La Habana, en la esquina de Prado y Neptuno, una hermosa casa de huéspedes también cobijaría a la familia. La ciudad, con sus luces y sombras, empezaba a colarse por cada poro del joven. En particular, ese entorno que terminaría por conquistarlo, como a su padre, quien –evoca Argeo– “asomado a uno de los balcones de aquella casa escribió: [...] *Vi la bandera cubana sobre grandes edificios/ Y me sentí en el paraíso al ver el Parque Central/ Y a lo lejos un palmar meciendo sus verdes rizos*”.

#### LEGADO DE AMOR

Caminar en las tardes con sus amigos por esas calles habaneras llegó a ser para Argeo algo habitual. “La Habana de esa época era muy linda, y sigue siéndolo. Además, por allí paseaban muchas mujeres bonitas, y siguen paseando”, comenta el anciano con una sonrisa pícar.

Durante esos años presencié la construcción del Capitolio, entre otros sucesos importantes, y conoció a Esther, con quien compartió su vida durante 50 años (hasta el fallecimiento de ella), y de cuya unión nació, en 1944, la única hija de ambos.





Dos nietos, ocho bisnietos y dos tataranietos forman parte de la familia creada por este centenario. En la foto, en 2002, con su bisneta Andrea. **Cortesía de la familia**

Cuando esto último ocurrió, ya residían en una casa de la calle Consulado, donde permanecieron más de una década. Por aquellos días, Argeo, agradecido, compuso unos versos que ahora vuelven a su memoria: Quise andar La Habana/ y el Prado fue mi anfitrión/ y entre enramada y leones / Llegué al Malecón....

Hace más de 90 años que este hombre echó anclas en la capital. “La Habana es mi vida”, dice rotundo. Y aclara que en lo único que no se siente habanero es en la pelota: “No le voy a Industriales, mi equipo es Holguín”.

Aunque trabajó como inspector de Aduana, así como en el Ministerio de Hacienda y luego en la Flota Cubana de Pesca, la labor que más lo reconforta es la que hizo, ya jubilado, como presidente de un Comité de Defensa de la Revolución y después como coordinador de zona de esa organización de masas, en Guanabacoa, donde llegó a ser el mayor promotor de donaciones de sangre del municipio.

Más de una década se dedicó en cuerpo y alma a esas tareas. “El barrio es muy importante. Movilizábamos a las personas y los domingos trabajábamos en la recuperación de materias primas u otras labores. También organizábamos muchas actividades para los niños. La gente me seguía, y yo no era blandengue, era exigente”, reconoce con orgullo.

Querido por los pobladores de la comunidad donde vive hace 60 años, Aguilera –así lo llaman todos– es, con todas las de la ley, un personaje en el barrio. Aunque ya no lo recorre como antes, a veces apoyado en el bastón y con la ayuda de su hija Esther, da una vueltecita para ver a los vecinos.

“Me llevo bien con todos y tengo muchos amigos. Hay una señora que cuando pasa frente a mi casa me dice: ‘Adiós, Eterno’, y yo me río. Los niños me tocan y preguntan asombrados: ‘¿Es verdad que usted tiene 100 años?’. Y les respondo: 100 no, 106. Me gusta relacionarme con las personas; mi padre me enseñó a amar a la gente, ayudarla, y eso lo he inculcado a mi hija y al resto de la familia”.

El cariño y la vocación de servir a los demás que Argeo ha sabido transmitir a los suyos, se perciben en el desvelo con que su hija y su yerno Manuel cuidan de él. Solo palabras de gratitud tiene para ellos el anciano, al igual que para la geriatra que lo atiende en el hospital Calixto García, la doctora y la enfermera del consultorio, la representante del Club de los 120 Años que lo visita, y otras personas que velan por su bienestar.

Al preguntarle cuál es su fórmula para llegar a ser tan longevo, se encoge de hombros y, luego de una breve pausa, admite: “Quizás tenga algo que ver el hecho de que no he sido pobre de mente, ni de espíritu. Nunca pienso en la muerte. Yo pienso en la vida”.

— ¿Y sueña?

— ¡Cómo no voy a soñar! Pobre del que no sueñe. ●●



Junto a su hija y su yerno Manuel. **Foto: Yasset Llerena Alfonso**